

Los recuerdos construidos

*Clara Uriarte de Pantazoglu**

Ana, una paciente adolescente, responde entre sorprendida y disgustada, de la siguiente manera a una intervención mía donde intentaba vincular su reciente cumpleaños al nacimiento y a la infancia. «No entiendo de qué me estás hablando. ¿Tú querés decir algo de antes... algo que pasó... algo del pasado? No sé... no le veo el sentido».

Podríamos planteamos que su respuesta evidencia una férrea negativa a Indagar sobre si misma, pero, más claramente aún nos habla de un vacío de sentidos en lo que al pasado concierne.

A diferencia de aquellos pacientes que, excelentes biógrafos de ellos mismos parecen no dejar escapar nada al olvido en una suerte de memoria sobreinvertida, Ana posee, a lo sumo, vagas imágenes de lo vivido.

Esta casi imposibilidad de traer recuerdos a la que hago referencia no debe ser confundida con aquellas dificultades tan conocidas de ahogo de recuerdos cuyo contenido evocaría un conflicto que deberá ser mantenido por la represión. Aquí el problema es otro, en tanto pareciera no haberse creado un enrejado dinámico de significaciones que permitiera dotar a un suceso de sentido y convertirlo en un recuerdo. Las sesiones se suceden en un relato algo deshilvanado, siempre ligado a un presente que puebla con anécdotas que parecieran no conducir a ningún fin.

Nos encontramos lejos del discurso neurótico que, armado al modo de una novela, se encuentra gobernado por una narrativa organizada que nos permitirá

* Lord Ponsomby 2460/4. Montevideo 11600

restablecer una secuencia significativa según una lógica inconsciente. Falta en Ana ese despliegue asociativo que se da tras un recuerdo y que lleva a una evocación casi Incontenible de otros recuerdos que conduce a fantasmas originarlos y le da al recuerdo un estatuto dinámico comparable al sueño diurno y al sueño.

Freud escribía en «Construcciones en el Análisis» «... que el trabajo del analista consta de dos piezas por entero diferentes que se consuman en dos separados escenarios, se cumple en dos personas cada una de las cuales tiene un cometido diverso..., el analista no ha vivenciado ni reprimido nada de lo que le interesa, su tarea no puede ser recordar algo...» (4, pág. 260). ¿Cuál es su tarea entonces? Se pregunta Freud y yo también me lo pregunto. Freud contesta que el analista recogerá los indicios que lo olvidado ha dejado tras de sí con los cuales edifica una construcción que comunicará a su paciente.

Una incesante búsqueda en lo teórico clínico ha conducido al psicoanálisis a avances que hacen hoy que tamaña tarea de construcción de lo olvidado sea un trabajo imposible para que analista y paciente puedan llevar a cabo en la soledad de escenas separadas.

Son aquellos pacientes los que como Ana, con su vagar amnésico por las sesiones nos hacen repreguntamos a través de una renovada lectura de algunos textos freudianos sobre la problemática de la construcción de los recuerdos a la vez que nos Interpelan en nuestro quehacer como analistas.

Construcción de los recuerdos

En los albores del psicoanálisis la teoría traumática destacaba el tránsito del síntoma histérico a la rememoración y nos proponía una concepción realista del recuerdo. Una escena vinculada a una intensa excitación se hacía presente nuevamente y podría ser reubicada en una determinada relación objetal con una precisa referencia temporal. Es decir, no se trataba de recuerdos contruidos. La modificación de esta perspectiva y el privilegio que toman las fantasías provenientes de lo visto y oído lleva a un destaque de la importancia de las huellas mnémicas. Sea como haya sido el modo de inscripción de las huellas sobre las cuales se edificará el recuerdo, su aparición sobre el campo

de la conciencia comporta una formación o construcción. Escribe Freud «acaso sea en general dudoso que poseamos recuerdos conscientes *de la infancia* y no más bien meramente unos recuerdos *sobre* la infancia. Nuestros recuerdos de la infancia nos muestran los primeros años de vida no como fueron vividos, sino como han aparecido en tiempos posteriores al despertar. En estos tiempos de despertar los recuerdos de la infancia no afloraron, se suele decir, sino que en ese momento fueron formados... (3, pág. 3115).

Freud a] estudiar la construcción de los recuerdos encubridores extiende el proceso a todos los recuerdos de la infancia y, por lo tanto, nos invita a hacer una aplicación a todos los recuerdos en general. Las particularidades relativas a los recuerdos de la primera infancia nos ayudan a comprender cómo estos pueden adquirirse-construirse y nace así la capacidad del niño de hacer su propia historia.

En «Sobre los recuerdos encubridores» señala Freud un hecho por demás interesante y es que a... uno ve en el recuerdo a la persona propia como un niño, y sabe que uno mismo es ese niño; pero ve a ese niño como lo vería un observador situado fuera de la escena» (3, p. 315). La posibilidad de este «desdoblamiento, como lo llama Rouart (8, pág. 668~ posee el interés considerable de acercarnos luz sobre los orígenes de la memoria y de la manera como se adquiere en la Infancia la facultad de hacerse de recuerdos y establecer entre ellos una continuidad que dé paso al logro de una identidad.

Este «verse a sí mismo» del niño, de la descripción freudiana lleva implícito un ser visto por la madre ya que la capacidad de verse a sí mismo pasa por una identificación con ella. Es por este hecho de ser visto, mirado por su propia madre que puede surgir una representación de sí en el niño.

Cuando Freud describe las tres categorías de recuerdos coloca en el primer grupo aquellos recuerdos surgidos de escenas narradas por los padres repetidas veces con posterioridad al acontecimiento. Este encuentro con una figura que «le recuerda» destaca la importancia que poseen las palabras de la madre que al despertar huellas mnémicas dormidas permite dar sentido a la vez que ir integrando-formando recuerdos.

Resulta indudable que en ese ámbito de sostén, la madre, al ofrecer al niño su memoria para la construcción de un recuerdo también hará despertar en ella huellas mnémicas dormidas reavivándose los recuerdos. De esta forma, madre e hijo descubren, crean los recuerdos en un acto de dos que no puede ser

cumplido por ninguna de las dos partes por separado.

Construcción

A esta altura del trabajo quisiera abandonar aquello que sugiere y reformula en mí algunas lecturas freudianas para dirigirme al encuentro analista-paciente donde poder Interrogarme acerca de la construcción de un recuerdo.

Freud describía la situación analítica caracterizándola por la asociación libre del lado del paciente, y la atención flotante y neutralidad del lado del analista. En tanto el paciente asocia libremente el analista muestra una receptividad fluctuante. De modo de mantener el análisis libre de toda impregnación subjetiva el analista debía ser sumamente cuidadoso en no introducir elementos subjetivos a través de sus propias asociaciones.

Hoy día son varios los autores psicoanalíticos que abogan en sus escritos por un analista comprometido ya sea haciendo uso de un pensamiento animista (C. y S. Botella, 2); de un recordar de a dos (C. Janin, 7); como objeto transformador (C. Bollas. 1).

La ausencia de recuerdos en un paciente al cercar de un modo particular el problema de la construcción de los recuerdos, aleja toda Idea de un analista cuyas Intervenciones se deducen a partir de las asociaciones y recuerdos de sus pacientes. El analista deberá disponer para sí y para su paciente de su memoria, de modo que aquello que él comprende y aquello que descubre el paciente, queden confrontados directa o indirectamente. Toda búsqueda es imposible sin tener en cuenta esta confrontación que alumbrá las memorias y lleva a un segundo plano la diferencia entre las dos experiencias: una y otra están orientadas hacia una misma verdad. Rememora el analista y el paciente en un movimiento mnémico tal que reactivado y ejercido por ambos llegará, por momentos, a hacerse memoria común acercando las dos escenas, ahora, ya no tan diferentes. Conjuntamente con este funcionamiento de la actividad mnémica común, es necesario que aquello rememorado sea comunicado de modo de favorecer la constitución de un espacio donde los recuerdos puedan emerger y mantenerse vivos. Resulta extremadamente Importante para el paciente vislumbrar que su analista responde y lo comprende al tomar parte en la rememoración lo cual le posibilita sentir confianza y esperanza al lado de

otro. Esta respuesta del analista posibilita que afectos y sentimientos desconocidos que atraviesan el psiquismo del paciente puedan volverse más próximos permitiendo así que un recuerdo se organice. La certeza de disponer de un apoyo en la memoria de su analista constituye un elemento central que unido al encuadre y al espacio seguro contribuyen a la construcción del recuerdo.

Cabe señalar que todo proceso que acompaña la emergencia de un recuerdo hace necesaria cierta tolerancia a lo desconocido, a un tiempo de ambigüedad para que los mismos puedan cobrar forma.

De las distintas funciones que Freud enseñó que clínicamente puede asumir la regresión destaco acá su valor como factor especial en la terapéutica psicoanalista. Poco a poco hemos aprendido a comprender y usar no sólo el material verbal que nos entregan nuestros pacientes sino también la atmósfera creada en parte por las palabras y el modo en que son utilizadas; por el silencio y por lo gestual.

A diferencia de aquellas situaciones que inducen a interpretaciones dirigidas a lograr un insight como proceso correlativo al acto de ver, la creación de esta atmósfera nacida del encuentro mutuo entre analista y paciente posibilitará la aparición de sentimientos y emociones desconocidas evocadoras de contactos, es decir, de vínculos arcaicos.

El analista se aleja de su lugar de objeto separado, de contornos firmes y deviene para su paciente el agua que sostiene al nadador. La fuerza que oponga el analista a este uso por parte del paciente será aquella que provea la resistencia necesaria para el progreso del análisis.

La resonancia traumática de las palabras puede dar lugar a momentos fecundos en un análisis si analista y paciente aceptan la regresión y abandonan sus referencias a una lógica conciente-preconciente, y marchan al encuentro de una significación inconciente. Es en este estado, según Oreen (5, pág. 1306) que intervenciones particularmente intuitivas pueden surgir.

Pensamos que, así como el niño enfrentado a aquello que lo hiere y perturba en lo más hondo de su narcisismo busca darle figurabilidad instalando escenarios que cobran fuerza de teorías, el analista da forma a aquellas imágenes y sensaciones inquietantes construyendo recuerdos-teorías.

Tales construcciones, se harán posible si el analista no huye de la regresión

instalándose en un cómodo *déjà vue* de su propio pasado.

Diríamos que es en este reencuentro de memorias perdidas donde se entretejen mitos y ficciones entre paciente y analista que habremos logrado construir un recuerdo *sobre* la infancia.

Se hace necesario, además está decir, la alternancia de los dos tipos de funcionamiento psíquico del analista: uno en el cual las imágenes se hacen difusas detrás de su representación al abolirse la distinción entre el yo y el no-yo y otro que supone un asentamiento en la prueba de la realidad por el empleo del pensamiento secundario. Pensamiento secundario, tercero, que separa las dos escenas designando a cada pieza su papel y participación.

Acerco seguidamente una sesión con Ana donde poder observar en lo vivo del trabajo analítico los planteos precedentes.

Luego de una ausencia de una semana Ana inicia la sesión del siguiente modo: «Miraba tu casa desde el parque y vi las ventanas bajas. La última vez que vine yo me fijé y la tenías igual, ¿te acordás?». Le digo que quiere saber si me mantuve interesada en ella en todos estos días que no nos vimos. Si puedo recordar la última vez que estuvimos juntas y si las dos miramos las mismas cosas. Ella continúa diciéndome «Estuve leyendo un libro de psicoanálisis, un libro de mamá. Mamá no quería que lo trajera a Montevideo... lo leí en el avión..., lo ponía contra mi...» (saca un libro de la mochila y me lo muestra).

El «mamá» resonó en mí acostumbrada a que Ana llamara a su madre por el nombre de pila. Le señalo este hecho: que nunca antes la había podido pronunciar el **mamá** y como, de pronto, «**mamá**» la acerca a la niñez y a las ganas y temores de tenerla cerca que puede haber sentido en aquellos momentos. Ana estalla en repetidas preguntas acerca de la hora y el día en que estamos: «¿Son las cinco o cinco y media, hoy es lunes o martes?» Creo, y se lo digo, que más que preguntarme la hora está tratando de contarme algo acerca de una niña chiquita que se sentía muchas veces desorientada y perdida. Permanece en silencio y muy quedamente me dice: «Una vez Alicia (la madre) no me avisó que iba a salir... y y no sabía que estaba sola en la casa. Se hizo de noche y no alcanzaba el interruptor de la luz. Estuve a oscuras creo durante muchas horas... salí a la calle..., me encontraron unos vecinos».

Ana expresa al inicio de la sesión afectos vinculados al no ser esperada por mí, comparables a aquellos que pudieron haber acompañado sucesos similares en la infancia. Hace de este modo referencia a sentimientos que si bien todavía

no revisten significado para ella, al ser expresados en la relación transferencial abren la posibilidad de un sentido a descubrir y esto en sí mismo es reasegurador para mí paciente.

Desde el parque miraba hacia mi casa y observa las ventanas bajas al igual que la última vez que estuvo allí. Me preguntaba si yo lo puedo recordar, si al igual que ella he puesto atención en ese hecho. Se instala así un aspecto medular del trabajo entre ambas ya que habla de la posibilidad de que, apoyada en mi memoria, pueda sostener una imagen que una el pasado al presente. En este movimiento acaecido entre ambas el interés y la preocupación que pueda vislumbrar en mí se hace fundamental para la apertura de un espacio potencial donde los recuerdos puedan emerger. Mi respuesta inspira el surgimiento de la palabra mamá que acompaña el relato siguiente de Ana y que tomo en mi intervención para inscribirla en situaciones que armo, invento y ánimo con imágenes que la tienen como protagonista y donde trato de integrar aquellos afectos que en su momento no pudieron ser transitados. De modo que los afectos vividos en el presente puedan ayudar en la construcción de un recuerdo e insertarse en la historia del paciente es importante que no se hagan demasiado intolerables y conduzcan a mecanismos de rechazo para defenderse del dolor que pudieran suscitar. Recojo el **mamá** y al hacerlo trato que sea oído como un eco donde ella pueda volver a reencontrarse a través mío con sentimientos dolorosos y de esta forma hacerlos más soportables. Es de este modo que las sensaciones de abandono se actualizan y sostienen, transferencia mediante, y abre una promesa de sentido y el embrión de un recuerdo.

Ana pregunta repetidas veces por la hora en una forma insistente que reviste el carácter de un grito. Se hacen presentes en mí viejas sensaciones de sentirme sola y un recuerdo «olvidado» de mi infancia donde en ciertas circunstancias permanecí encerrada en mi dormitorio sin lograr manipular el pestillo de la puerta de modo de abrirla. Las palabras de Ana han despertado en mí huellas mnémicas vinculadas al encierro y abandono y me colocan, al igual que ella, frente a lo desconocido de lo cual intento salir mediante un trabajo de figurabilidad que toma en mí la forma de un recuerdo. De pronto, me encuentro diciéndole que, con sus preguntas sobre el tiempo y la hora está tratando de contarme algo sobre una nena chiquita y asustada. Surge en ella el recuerdo cuyo contenido gira alrededor del encierro y del abandono.

Este recuerdo que emerge en el seno del vínculo transferencial transforma el grito desorientado en llamado, dando sentido a lo vivido al tiempo que da cuenta de un momento del armado de una historia. Este recuerdo no aparece como una suma o síntesis de elementos rememorados sino como una construcción dotada de un escenario donde Ana puede aprehenderse y representarse. Esta historización en germen en el recuerdo aportado por Ana podrá en un futuro de sucesivos recuerdos lograr que al reconocerse en ellos esté más protegida de un desdibujamiento excesivo, un riesgo constante en ella.

Entiendo que la nena chiquita y asustada resulta la expresión de un tiempo infantil compartido que al hacerse memoria común se constituye en una vía para que cada una de nosotras pueda reapropiarse de un trozo de su historia.

Seguramente podemos planteamos un lado de seducción, acompañado por una inevitable confusión, implícito en el hablarle de la niña chiquita y asustada de mi recuerdo cuyas significaciones, sin duda, me pertenecen. Creo que este riesgo de ruptura del vínculo analítico está siempre presente cuando el analista ofrece su memoria al paciente y marca el imperativo constante del uso del análisis de la contratransferencia para deslindar lo ajeno de lo propio. Interesa agregar algo que dice Janin a este respecto: «...Sólo la escritura del psicoanálisis, y en ello Freud nos ha marcado un camino, permite en tanto elaboración secundaria en un a posteriori de nuestra práctica regular esta dificultad del análisis y, a veces, evitarla (6, pág. 440). »

Bibliografía

1. BOLLAS, C. *La sombra del objeto. Psicoanálisis de lo sabido no pensado*. Edit. Amorrortu, 1987.
2. BOTELLA, C. y S. *Pensée animique, conviction et mémoire*. Revue Française de Psychanalyse. T. XLIX-1985.
3. FREUD, S. *Sobre los recuerdos encubridores*, 1899. T. III. Ed. Amorrortu.
4. *Construcciones en el análisis*. 1937. T. XXIII. Ed. Amorrortu.
5. GREEN, A. *La capacité de rêverie et le mythe étiologique*. Revue Française de Psychanalyse, Vol. 50, N° 5, 1987.
6. JANIN, C. *Analyser, arpenter, écrire*. Revue Française de Psychanalyse,

Vol. 54, N° 2, 1990.

7. *Les souvenirs appropriés*. Revue Française de Psychanalyse. 4-1990.

8. ROUART, J. *Le souvenir comme amnésie organisée*. Revue Française de Psychanalyse. T. XLIII, 1979.